

Escribir para niños

por Miguel Delibes

Escribir mi librito *Tres pájaros de cuenta* ha supuesto para mí una experiencia nueva e interesante: tomar contacto con el alma del niño en el momento del despertar de sus curiosidades. Francisco Umbral, escéptico impenitente, aunque ahora crea en la posibilidad de enjaular a un estornino, niega la necesidad de la literatura infantil:

—Los niños sólo buscan los libros que les prohíben los mayores.

En realidad, la lectura, como cualquier otra actividad humana, requiere un aprendizaje, una iniciativa y un proceso. Entre los cuentos de Perrault y Andersen, que acunaron nuestra infancia, y las novelas de Proust y Joyce, por poner dos ejemplos de literatura *difícil*, hay una serie de etapas que el niño en desarrollo va quemando con puntualidad inalterable: Verne, Salgari, Zane Grey, novela policiaca...

Pero, en rigor, ¿qué es o debe ser la literatura infantil, o por mejor decir, la literatura de transición? Hay quien en un deseo simplificador que confunde el instrumento con la edad del destinatario, ha hablado de «género menor» cuando son infinitas las obras mayores que nos ha dado esta literatura pretendidamente menor.

En cierta ocasión, Sánchez Silva me animó a escribir un libro para niños. Yo le advertí que no estaba preparado para tal evento y, con determinismo fuera de lugar, llegué a manifestar que escribir para niños era un don, como la poesía, que no estaba al al-

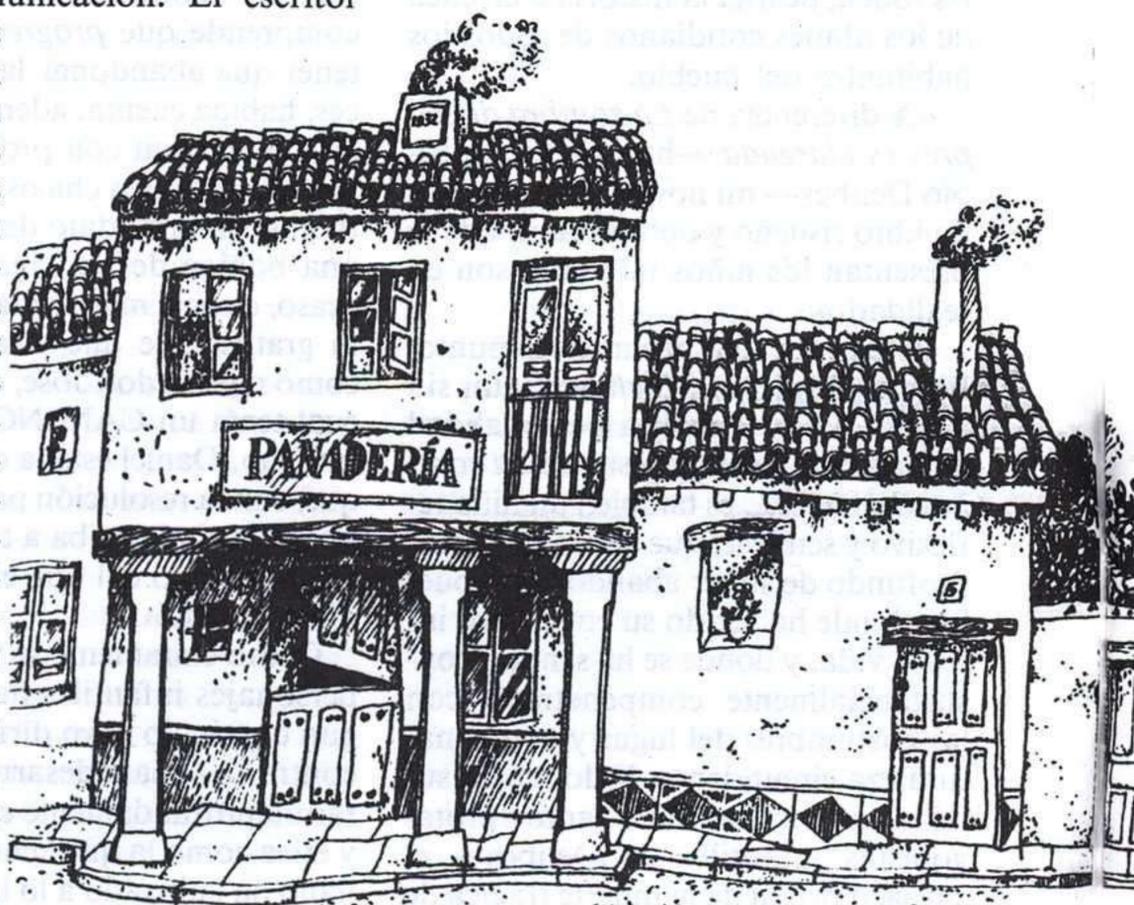
cance de cualquiera. El autor de *Marcelino pan y vino* resumió entonces su pensamiento al respecto en una frase escueta, sumamente provocativa:

—Te advierto que escribir para niños no es escribir para tontos —dijo.

Reconozco que su sentencia me dejó perplejo. Porque, en verdad, lo primero que se le ocurre a un escritor a quien se invita a componer un relato para niños, es que tendrá que rebajarse, vocalizar, servirse de una prosa que no es la suya habitual. De otra manera —piensa— no alcanzaría a los niños, me sería imposible establecer una comunicación. El escritor para adultos olvida con frecuencia que los niños son los seres humanos con ideas más claras, que sus ideas tal vez no serán muchas, pero están perfectamente definidas. El lenguaje, entonces, de no tratarse de un lenguaje intrincado y conceptista, no constituye un impedimento para hacernos entender por

ellos. El escritor para adultos que, circunstancialmente, se dirige a los niños, no tiene por qué poner voz de falsete, ni sacar *la voz de la abuelita* para contar un cuento. Hacer esto sería menospreciar a sus destinatarios que, de ordinario, suplen su vocabulario limitado con una admirable intuición lingüística cuando la historia que pretendemos referirles les interesa.

Por este camino abocamos a las notas que verdaderamente deben caracterizar a la literatura para niños: tema



adecuado, linealidad, y brevedad. El primero no tiene por qué ser simple, ñoño, ni edulcorado, pero sí ha de caer dentro de su mundo o excitar su imaginación. El tema que elijamos no debe dejarlos insatisfecho ni indiferentes, pero tampoco tiene por qué ser exclusivo para ellos. Quiero decir que un gran tema para un relato infantil será aquel que no sólo encandile a los niños, sino que despierte en el adulto sus nostalgias de infancia o sus sentimientos de entonces. Y aún hay más: el ingenioso escritor infantil puede introducir en su relato claves o símbolos —*Alicia en el país de las maravillas*— que permiten sucesivas lecturas enriquecedoras con el correr de los años. José Antonio del Cañizo, en un cuento recientemente publicado, *Las cosas del abuelo*, hace una denuncia del abandono de los viejos, denuncia que los niños no tienen por qué percibir mientras no dejen de ser niños, pero que no les estorba en absoluto para disfrutar del mágico juego imaginativo del autor.

No ha mucho decía yo en alguna



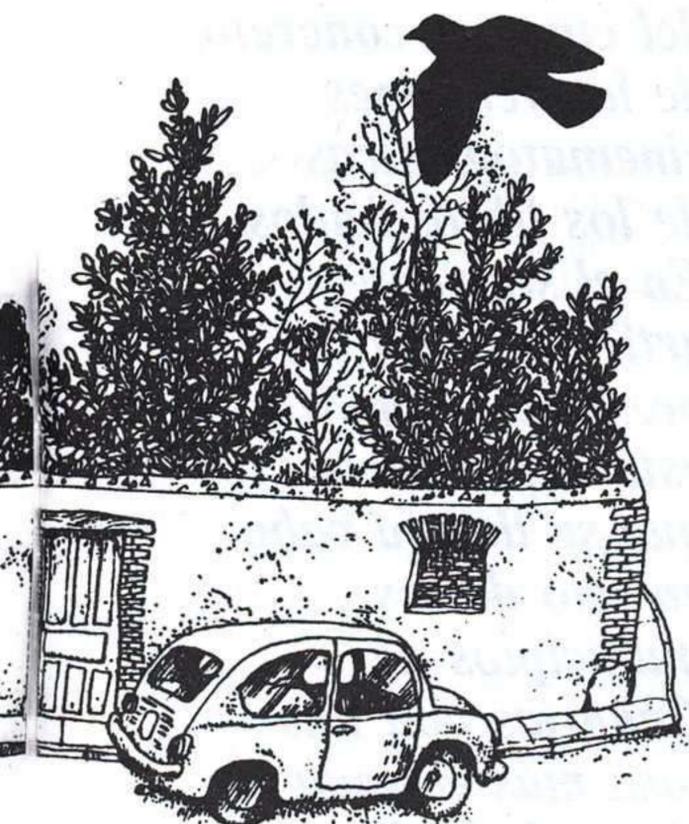
El escritor vallisoletano con dos de sus nietos.

parte que la escasez de novelistas de veinte años en nuestros días, contrariamente a lo que sucedió en los años cuarenta, responde a la crispada impaciencia de la juventud actual, ávida de resultados inmediatos, que es como decir poco proclive a abordar una tarea cuyo fin no se barrunta para antes de uno o dos años. La misma disposición trasluce el niño que lee. A un niño que lee, que espontáneamente se sumerge en nuestra invención, no debemos aplazarle largo tiempo su desenlace ni desviarle del objeto de su atención porque va en contra de su naturaleza. En una palabra, aquí sí es obligado tener en cuenta que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Esto es, el relato ha de ser breve y lineal.

La literatura infantil que, como hemos dicho, no demanda un estilo propio —salvo en el caso de niños de muy pocos años— sí requiere una determinada extensión. Por eso, el niño de ocho o doce años antepone, contrariamente a lo que hace el adulto, el cuento a la novela, el relato corto a

la novela dispendiosa. Pero ese cuento, además, no debe enredarse en circunloquios, divagaciones complementarias, alardes descriptivos, ni personajes marginales. Al niño, inmerso ya en la peripecia, debemos facilitarle el acceso hacia el desenlace, puesto que le encocora cualquier interrupción, cualquier ornamento que frene o desvíe su interés. Un relato exento, desnudo, alambicado, es lo que el niño —el de nuestro tiempo, y creo que el de todos los tiempos— exige. De manera que escribir para niños no es, como con mucho tino decía Sánchez Silva «escribir para tontos», sino todo lo contrario: un ejercicio de afinamiento de nuestras facultades y, en consecuencia, de condensación, de síntesis, paralelo al que viene reclamando, aunque en otra medida, el lector de periódicos o de novelas de nuestros días. ■

La censura de prensa en los años 40 (y otros ensayos),
Valladolid: Ámbito, 1985.



LUIS DE HORNA, TRES PÁJAROS DE CUENTA, VALLADOLID: MIÑÓN, 1982.